

del sol, ya no se distinguen.—Pues bien: aquí lo mismo. No debe verse sino á nuestro Señor, ni mostrar más que á él, nunca á un hombre, aunque fuese un prodigio de ciencia, de elocuencia y santidad. Anonade éste todos sus grandes dones en presencia de nuestro Señor, y más importante será su sacrificio; pero nunca se exponga á atraer sobre sí las miradas, las atenciones y respetos que únicamente se deben á su Señor y su Rey.

Ahí tenéis la vocación eucarística, la Asociación del Santísimo Sacramento con su fin, su espíritu y sus condiciones.—No existe ni quiere existir más que para el servicio de la Persona de nuestro Señor, á quien consagra cuanto es y cuanto tiene: sus hijos y todo lo que son; nada de éstos quiere tomar ni para sí ni para los demás, porque todo ello pes tan poco en comparación de lo que merece su gran Rey!—¡Ojalá que ella pueda cuando menos oírle decir: «Estoy contento: he aquí gentes que me adoran, me aman y me sirven por mí solo!»



DE LA RENUNCIA A TODA PROPIEDAD

Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo y venda todo lo que posea.

I. Esta es la primera condición que pone nuestro Señor para la vida religiosa: la renuncia, la cruz, la muerte.—Porque ya en otra parte ha prometido el céntuplo á los que todo lo hayan dejado para seguirle. Imagínense algunos que la vida religiosa proporciona la dicha natural y que vienen á ella para encontrar aquí el descanso aun en esta vida. ¡Pobre gente! Desde el punto de vista natural, en la religión se es mucho más desgraciado que en el mundo.

Allí no había que practicar más que la ley; aquí además obligan los consejos; allí podíase disfrutar de la familia, crearse una, formarse un porvenir conforme á los propios gustos, usar de los placeres permitidos; aquí nada de todo eso: ni siquiera se puede gozar del bien que se ejecuta.

Lo cierto es que al hacerse uno religioso se carga con una cruz que tendrá que llevar hasta el fin de su vida.

No: no hay dicha humana para el religioso, porque no daréis ese nombre á un recreo, á un descanso que se os concederá de vez en cuando, porque eso no será sino ocasión de que sintáis con más viveza la privación que tenéis de ello ordinariamente.

¿Felicidad en la vida religiosa?—De la celestial, sí; pero de la dicha humana... ¡ni por pienso!—Por eso algunos se van de aquí desanimados y tristes, diciendo que se engañaron, que no creían que esto fuera tan penoso; soñaban sin duda una especie de ventura á lo turco...

Jesús ha prometido el céntuplo, pero de esa alegría interior que es fruto de la mortificación y de la cruz; no el céntuplo de una dicha natural.

En el mundo puede tenerse una dicha mixta, medio celestial, medio humana, pero en religión no es posible; antes al contrario, no cabe ser dichoso sino por la destrucción de todo lo que constituye la dicha natural.—¡Cuántos se engañan en esto!

El religioso debe siempre arrancarse de sí mismo y de cuanto ama: siempre inmolarse.—¿Queréis seguir á Jesucristo en su trono? Seguidle en sus sufrimientos, y estad ciertos de que camináis á la inmolación diaria. Esto es duro, pero es así, y será imposible que persevere el que no se habitúe á estos sentimientos.

Y esto es especialmente cierto tratándose de nuestra vocación, que nos priva aun de los consuelos del cielo, y nos crucifica en holocausto á los pies de nuestro Señor.

Los misioneros reciben el céntuplo aun desde aquí abajo, pues gozan de sus conquistas y de las conversiones que logran. La naturaleza y la gracia han trabajado: la naturaleza proporcionando el trabajo,

y la gracia floreándolo y fructificándolo; á lo cual sigue la gratitud de las almas.—Aquí no hay sino consumirse, y ni siquiera se reconoce el sitio por donde pasasteis.

II. Sin embargo, Jesús dijo á sus Apóstoles: «En cuanto á vosotros, que conmigo habéis perseverado en mis tribulaciones, sabed que voy á prepararos un trono.» Este es su reino eterno, asegurado á los que para obtenerlo quieren cumplir ciertas condiciones.

La primera es el dejarlo todo y venirse sin nada en seguimiento de Jesús. Primeramente habéis de dejar vuestros bienes y el uso de cuanto poseéis: esto es lo que se hace en la profesión.

Si tenéis riqueza y queréis darla á la Asociación, que con ella hace que viva nuestro Señor y que de sus sobras se mantiene, dadla, bien está; pero no se os pide, y libres sois en darla á quien os parezca.

Lo importante es que no os reservéis nada y que os abandonéis al Señor, que os dará lo necesario.—Esto es trabajoso. ¡Gusta tanto el sacerdote de tener sus cosas, sus libros, de recibir sus regalitos, de formarse algún lindo gabinete espiritual! Aquí nada se os permite de todo eso; nada podéis recibir, pues únicamente la Comunidad recibe y distribuye; por lo cual, si os apropiáis algo, tomándolo como vuestro y guardándolo para vuestro uso exclusivo, robáis y faltáis á la pobreza. Todo lo que pertenece á vuestro uso, está en él como de pasada; y si os dijese: «Marchad inmediatamente», deberíais efectuarlo en seguida, abandonándolo todo, sin ocuparos de lo que dejáis.

Hay que ser pobre en la alimentación; porque aunque es verdad que ahora tenéis todo lo que ne-

cesitáis, puede sucederos que carezcáis, por una ú otra causa, de lo que de ordinario se os provee.

Si en ese caso os quejarais, yo os diría: «¿Es que habéis hecho voto de tener siempre dos platos en la comida? Idos, volved al mundo á comer vuestras bellotas.»

¿Acaso el pobre no está expuesto á esperar su pan, que no siempre llega? ¡Y qué! ¿No habéis hecho profesión de ser pobres? Pues sedlo en realidad, á lo menos en esas ocasiones.

¡Ay! Cierto estoy de que si tal cosa os aconteciera, murmuraríais; y sin embargo, tened la seguridad de que os acontecerá.

Si, por ejemplo, viajáis en viernes, aunque la costumbre permita al viajero comer de carne cuando no encuentra otra cosa, vosotros, en homenaje á la pobreza, no comeréis de carne, oidlo bien, y os contentaréis con lo que encontréis, aunque no sea más que pan.

Como pobre del Señor, el religioso tiene derecho únicamente al pan y al agua.

No desconozco que se aducen razones para ser tratado cómodamente: la salud es más quebradiza que otras veces, hay que sostenerse para trabajar, etcétera; pero también sé que por ese camino se llega á poner la sensualidad y la gala en el lugar de la pobreza.

¿Cómo! Jesús padeció hambre, se vió reducido con sus apóstoles á desgranar espigas para alimentarse un poco; y ¡nosotros, religiosos, queríamos tener esa clase de comodidad en que nunca falta nada!—

¿En qué se convierte la pobreza de nuestro Señor? Debemos ser pobres en el vestido. Si le buscáis fino y hermoso, faltáis á la pobreza. El más grave

escándalo de la pobre Italia tuvo lugar cuando veía que sus religiosos competían con las damas en la finura de sus telas y en la blancura de sus vestidos.

Examinaos cumplidamente en este punto.— Suele decirse: el paño fino dura más y por eso resulta más económico su uso; mas yo digo que eso no es sino orgullo en la pobreza.

«Pero como me lo han dado, la pobreza pide que yo lo reciba.»— Pedid primero permiso y luego llevadlo con pesar y vergüenza.— Id á ver en Argenteuil la túnica de nuestro Señor: ¿está hecha de paño fino? Pues si sois religiosos de nuestro Señor, vestid á su manera.

No os hagáis ilusión. Hermoso y fácil es decir: soy pobre.— Pero daos una vuelta, y veréis si lo sois; escudriñad bien á qué estáis asidos y rechazadlo, porque os perdería.

El religioso es semejante á un pasajero que con toda su fortuna viajase en un buque muy abastecido de todo; pero de pronto se levanta la tempestad, y Jesucristo, que se halla á algunos pasos de distancia, en una navicilla, os alarga una tabla de salvación; una simple tabla, ¿lo entendéis?— Venid á Él, pero dejadlo todo, pues vuestro equipaje haría zozobrar la tabla, y con él os perderíais.

Tened siempre, por consiguiente, ante los ojos esta verdad: que todo lo habéis dejado, y habéis venido para nuestro Señor, sin restricción ni condiciones. Con que no defraudéis, ni en provecho del cuerpo ni del alma; porque además de la pobreza de los bienes exteriores, hay que renunciarse á sí mismo en su cuerpo, en su mente y en su corazón, para darlo todo á nuestro Señor.

III.— De vosotros espera nuestro Señor el doble

homenaje del cuerpo y del alma, y así no os reservéis los bienes del uno ni de la otra si queréis ser bueno y leal servidor.

Como os ha dado la inteligencia, quiere sus frutos. Sean, pues, para Él vuestros estudios. Examinados bien acerca de esto y veréis cómo os recuperáis diariamente, pues estudiáis para vosotros, por natural atractivo de tal ó cuál cosa, y, sin embargo, vuestra ciencia, la única ciencia vuestra, habrá de ser la del Santísimo Sacramento.

¿Tenéis siempre á la vista esa única ciencia de su divina Persona, de su más conveniente servicio? No; y la causa es que no habéis hecho entrega perfecta de vuestra inteligencia.

¿Habéis dado vuestro corazón? ¿Es el único á quien amáis? ¿Hasta qué punto? ¿No tenéis otros afectos que se entrelazan con éste? Investigad adónde van vuestros pensamientos y si se fijan habitualmente en nuestro Señor, en su amor, en su presencia adorable. Como se ama se piensa, y adonde va el pensamiento allá vuela el corazón.

Si amáis únicamente á nuestro Señor y sobre todas las cosas, en nada sino en Él podréis pensar; le estudiaréis con pasión y acabaréis por comprenderle, pues el amor de los Santos fué el que les inspiró sus levantados pensamientos, y de ellos los más amantes fueron los más sabios. Dios es luz, porque es amor.

Pues bien: ¿pertenece por entero vuestro corazón al Santísimo Sacramento? ¿Nada guardáis contrario á su servicio, nada exterior? Esta es la piedra de toque.

Así, pues, que todo vuestro cuerpo se consagre al servicio de nuestro Señor; esto es de absoluta ne-

cesidad si queréis entregaros por completo. Dice Santa Teresa «que mientras no abandona uno su salud á Dios, nada se le ha dado todavía»; y tiene razón. En el orden de la santidad, lo que parece menos perfecto es muchas veces lo más difícil y resulta ocasión de lo más perfecto.

Si decís: «quiero primeramente hacer entrega de mi alma», os digo que eso es pereza; dad primero vuestro cuerpo, y después daréis vuestra alma. Eso es más fatigoso, porque somos esencialmente corpóreos, y sumidos estamos en los sentidos.

En la práctica el yo es el cuerpo, lo natural, lo sensible, mucho más que lo propio del espíritu; pues aun éste, encerrado en la carne, también parece de carne. Por lo tanto, comenzad por rendir ese cuerpo que por completo os absorbe.

Hay quienes no quieren servir á nuestro Señor sino á condición de estar mejor tratados que si estuviesen en el mundo. ¡Oh dolor! Algunos hay que sólo piden á la Religión sus ventajas, que vienen á ella únicamente para asegurar su pan y hallar en ella un retiro y abrigo cómodos. Religiosos enteramente nulos, que Garibaldi hubiera podido reclutar sin inconveniente; verdaderos ladrones del santuario, á quienes Dios podría decir: «¡Me habéis hecho pasar por vuestro cuerpo!»

Examinémonos detenidamente sobre esto, pues de seguro nos dará no poco que hacer.

Ahí tenéis el don total: esa es la renuncia. El voto de pobreza extiéndese á todo nuestro ser: detenerse en las cosas exteriores es no comprender su espíritu: aquél consagra á todo el religioso, de suerte que si no nos entregamos completamente, no entramos en la virtud.

Cosa fácil es decir: «Dios mío, todo os lo doy;» mas no es tan fácil de hacer.

Ea, pues, reflexionad: meditad en vuestro asunto; penetraos bien de lo que hacéis y de cuánto os habéis comprometido; realzad siempre el movimiento de vuestra vida, es decir, la buena voluntad y la intención, y que el amor de Dios impugne siempre en vosotros al amor propio.

Todas las veces que tuviereis algo más que á Jesucristo, es que os habéis recuperado.

Voto habéis hecho de ir siempre adelante; no retrocedáis, ni miréis á la derecha ni á la izquierda, pues detrás de vosotros están las bayonetas de la justicia de Dios, y á derecha é izquierda los precipicios del infierno.

Obrad por principios, pues esto es permanente; mientras que el sentimiento, por el contrario, no hace más que lucir y pasar.

Se ve que algunos vienen á la religión con el rostro encendido por la dicha, sin hablar de otra cosa que de la felicidad de la vida religiosa, de su ventura por entrar en ella. En general no contéis mucho con éstos, pues es que se los ha cogido por el corazón como á los niños; pero es el incendio de un poco de paja, sin otro combustible.

En cambio, si alguno se presenta diciendo: «Vengo para inmolarme diariamente á Dios por la renuncia; hasta aquí he sido malo, pero desde ahora seré la víctima de propiciación por mis propios pecados», entonces sí que vemos una verdadera vocación.

Por consiguiente, adelantad por convicción, por una persuasión inquebrantable y evidente de que tal es vuestro deber y la voluntad de Dios; bien podéis

llegar hasta decir que aun vuestra dicha no consiste más que en eso.

Ya no podéis retroceder, porque en el mundo arrastraríais vuestros votos como sus balas el galeote; y si pensáis permanecer tibios en religión, estaréis en un verdadero infierno, haréis tanto como los demás, pero sin provecho. — Realizar exteriormente el bien, condenarse á una vida de regla y estrechez sin obtener por ella ningún contento interior, y, lejos de eso, ser castigado por ello á cada instante por remordimientos, temor y angustias de conciencia, es cosa verdaderamente insostenible. A lo menos es preciso estar en paz con la conciencia.

Si cuesta trabajo efectuar el bien, todavía cuesta más el no efectuarlo, pareciendo que se hace; pues es imposible tener vida de santo siendo por dentro un demonio.

Entregaos, pues, en verdad completamente, y sea por convicción y razón. Si se queja vuestro cuerpo, enseñadle que va ganando en obrar el bien, supuesto que, aunque se opusiera, tendría que llevar la misma vida que los demás.

En cuanto á vuestro espíritu, mostradle cuán noble, bueno y grande es servir á nuestro Señor; mostradle el bien en sí mismo, y que se entregue, no por interés, sino por amor; y después de esto, proceded en relación con vuestros razonamientos.





EL PECADO, MAL DE DIOS

Lo que en la tierra y en nosotros desagrade más á Dios, es el pecado: esta verdad hay que considerarla atentamente. Los justos y los mismos Santos no están exentos de pecado. — ¿Y nosotros no tenemos en la conciencia muchos veniales cuando menos? ¿Nunca hemos tenido que lamentar pecados mortales?

En el mundo no hay más que un mal, una sola cosa temible: el pecado. Todo lo creado place á Dios, hasta los seres que nos parecen nocivos: ni un gusano de la tierra ni el lodo ofenden la mirada de Dios, porque son cosas que se hallan en un estado natural; por el contrario, el pecado es una perversión de la voluntad divina, una degradación de su obra, una contradicción de su naturaleza y de su ser divino: el pecado tiende de suyo á anonadar á Dios mismo, porque niega y ataca sus atributos, y no hay que olvidar que estos atributos son su misma naturaleza.

Consideremos, pues, este espantoso mal de Dios.

I. El pecado es una ofensa y un insulto á la autoridad soberana de Dios, á su majestad y á su

imperio; es un insulto de la criatura á su Creador.

Créese con facilidad que el pecado no es muy opuesto á Dios, que no le afecta tanto como se dice, supuesto que no se irrita ni castiga la ofensa inmediatamente.—Y sin embargo ¿hay algo más grave que faltar al respeto debido á un superior? ¿Faltarle á uno al respeto? ¡Pues si esto en la sociedad civil es lo que promueve duelos, rencores y guerras, y es un crimen!

No dar en el mundo al superior el puesto y testimonio de honor que se le deben, es despreciarle, y á buen seguro que hay que estar muy alerta sobre esto, por ser cosas que no se dispensan, ni se excusan, porque siempre se supone que se ha recibido la suficiente educación para respetar á los demás y se echa de la sociedad á las personas mal educadas, se las desprecia, y ni siquiera se las mira.

Pues bien: ¿merece Dios que se le hagan descortesías? ¿No es Señor de los señores, Rey de reyes, á quien todo está sujeto en la tierra y en el cielo, á quien los elementos obedecen y los ángeles, para quienes sus deseos son mandatos, no miran sino temblando?

Los animales, las plantas, los seres inanimados reconocen el dominio de Dios y le obedecen; y aunque carecen del sentido de ello, no por eso su obediencia deja de ser un homenaje á la autoridad que los gobierna.

Sólo el pecador se atreve á despreciar la autoridad divina. Dios da leyes, amenaza, castiga las transgresiones, y sin embargo, el pecador se burla de Dios, de sus amenazas y castigos.

¿Que no lo habéis hecho con semejantes sentimientos? Es posible; mas esto ejecutan vuestros ac-

tos, y si directamente y en su cara no le insultáis, le despreciáis por la indiferencia y olvido, con lo que el mal no es mucho menor.

Consideradlo atentamente.—En el juicio, Dios os mostrará vuestros actos de menosprecio, y os dirá: «Obedecisteis á los hombres: ¿acaso Yo no valía lo que un hombre? Respetasteis á una criatura y guardasteis vuestros insultos para vuestro Creador: ¿era eso lo que Yo merecía?» Y no sabréis qué responder á aquella justicia irritada, cuya luz pondrá al desnudo ante vuestros ojos todo el horror del pecado, sus incalculables consecuencias y vuestras más ocultas intenciones.

¡Pero son tantos los que ofenden á Dios! — ¡Ah! ¿Vuestro propósito es condenaros con ellos? Y porque al punto no castiga á los que le insultan, ¿os pondréis á ofender á Dios?

Y en cuanto á nosotros, si nosotros pecamos á la vista de Dios, en presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, de Jesucristo que en él vive con su vida de Hombre-Dios, hacemos lo mismo que aquellos abominables verdugos que fueron á insultarle en su cara, en el Calvario.— Pero siquiera los verdugos del Pretorio, para insultarle, le taparon el rostro, no atreviéndose á efectuarlo bajo su mirada directa; mas nosotros, por pereza, negligencia y otras cosas más, cometemos á su vista faltas que son verdaderos sacrilegios, veniales si queréis, pero al cabo sacrilegios.

¡Oh! Si tuviéramos un poco de delicadeza de alma, nunca ofenderíamos á Jesús sacramentado, pues no se necesita ser escrupuloso para evitar hasta las apariencias del pecado (el escrupuloso es aquel que siempre se halla en un semiconsentimiento); basta

el ser delicados. — Cuando se estima, no se insulta.

Es que á los hombres se los ve, y en Dios no se piensa, porque no se le ve.

Conque entonces, ¿es que no tenéis fe? — Porque la fe es una verdadera vista que nos certifica las cosas de Dios más seguramente que nuestros ojos nos muestran los objetos exteriores.

Con los ojos de la fe se ve como por los de la inteligencia. — ¿Percibís vosotros las relaciones de la ciencia y las leyes del número? Y sin embargo, creéis en ellas. ¿Por qué no creéis en Dios?

Nuestro mayor mal lo constituyen la pereza, la negligencia, el olvido y el desaliento; lo cual indica la escasez de nuestra fe y de nuestro respeto y amor.

Queremos lo que nos gusta, y repelemos lo que nos contraría.

¡Cuántas veces también á nosotros nos detuvo el respeto humano! Dejamos á Dios por los hombres, é infringimos su ley por temor á lo que pudieran decir. ¡Qué desprecio ó cuánta indiferencia! ¿Y es á Dios á quien de esta manera tratamos?

II. El pecado es una oposición á la santidad de Dios, cuya naturaleza es la santidad. Dios es santo esencialmente; la santidad es el primero de sus atributos, y cuanto tiene de bueno, bello y verdadero; pues bien, contra ella milita el pecado.

En nosotros manchamos la santidad divina, porque ésta habita en nosotros, que hemos recibido una emanación suya en el bautismo que, por la gracia santificante, nos tornó Santos y semejantes á Dios; sí, manchamos esa imagen divina. De Dios es nuestra alma; templo del Espíritu Santo es nuestro cuerpo, y miembros somos de Jesucristo, cuyo cuerpo

profanamos; en una cloaca sumergimos á Jesucristo y la blanca vestidura de santidad y justicia que nos ha dado: le entregamos al demonio.

El pecado es infécto, es una corrupción, una disolución pútrida; convierte nuestra alma en horroso cadáver y más que todos los pecados los de sensualidad. ¡Y nos presentaremos á Dios en semejante estado! ¡Qué horror deberemos de inspirarle, así como á los ángeles y santos! Porque el hecho es que nos ven.

San Pablo nos dice: «Exhalad el buen olor de Jesucristo», y despedimos peste infecta. Santos hay que reconocen á los pecadores por el olor que espargen. — ¡Ah! Si nuestros pecados despidiesen su natural olor, que se sintiese y que por él se nos notase, ¡cuánta vergüenza sería! Ni siquiera osaríamos exhibirnos; ¡ni soportarnos pudiéramos! — De Antíoco se dice que la llaga que se le formó en castigo de su orgullo era tan infecta, que causó la peste en su ejército. Así es la respiración de nuestros pecados.

Ensuciamos, por consiguiente, en nuestro cuerpo y en nuestra alma, por el pecado, la santidad de Dios. — ¿Cómo puede Dios venir todavía á un alma en que habita el pecado? ¿Cómo pudiera ni poner en ella el pie? Y sin embargo, le obligamos á que venga á esta cloaca inmunda. ¡Oh! Verdaderamente, ¿en qué pensamos?

Pase una vez más en cuanto á los pecados de mera debilidad, pues son polvo únicamente, y Dios no tiene horror á ese polvo inherente á nuestra miseria; pero ¿por lo que respecta á los pecados de voluntad y de afección, á los pecados por hábito?

Más valiera no recibir el Cuerpo de nuestro Señor que colocarlo en nuestro corazón cuando tenemos

pecados habituales, pues sólo con disgusto se llega allí; le violentamos, y como se halla ligado, nos obedece, pero en la muerte veremos su venganza. Terrible será su voz: «¿Cómo te has atrevido á recibirme en un cuerpo manchado por abominaciones?»

Osamos llevar nuestro lodo corrompido hasta el Cuerpo de Jesucristo y ensuciarle, porque esas especies que tocamos son el mismo Jesucristo, á quien inseparablemente están unidas y que, al igual de su propio cuerpo visible, quiere la Iglesia que sean adoradas con el culto de latría; luego es á Él á quien manchamos con nuestro contacto abominable.

Pero el pecado en nuestra alma rebota contra la misma Santísima Trinidad, que en ella habita, y la ensucia con su fetidez; porque la Trinidad Santísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo, cuando comulgamos, vienen á nosotros real y substancialmente; por manera que el pecado insulta á cuanto hay más santo, Dios, las tres divinas Personas, Jesucristo.

¡Oh! ¿Cómo tolera Dios estas cosas? Si castigara instantáneamente, seríamos azotados á la puerta del templo, como Heliodoro. Su bondad nos soporta; ¿pero la bondad da derecho al insulto?

No sé en qué pensamos, pero se enfurece uno contra sí por sentirse obligado á declarar esto: no trato á Dios siquiera como al último de los criados.

Yo no pienso en ello. — Mas vosotros estáis obligados á fijar en lo dicho la atención. No es permitido cometer crímenes para distraerse; el que ha venido á olvidar deberes tan esenciales como el respeto que debe á la santidad de Dios, es más culpable que quien arrastrado por sus pasiones le ofende.

¡Oh! La santidad divina tendrá su desquite, para lo cual armará el brazo de la justicia, porque Dios

no puede consentir en que así le profanemos. — Horrible es decirlo, pero lo cierto es que hacemos que Dios sirva á nuestras iniquidades, y de esto se lamenta: *Servire me fecisti in peccatis tuis*. — Ni un solo movimiento podemos efectuar sin que Dios opere á él, sin que con voluntad actual nos mueva á ejecutarlo; de esta manera torcemos contra su designio la fuerza y la vida que nos da, y lo que al salir de Él era bueno, lo tornamos malo: es una violencia que le hacemos, de la cual se vengará eternamente, porque Él también tendrá su día.

III. El pecado, por último, es una injuria á la bondad de Dios, una ingratitud abominable. ¿Cómo es posible que, viviendo de su bondad y misericordia le ofendamos todavía?

Tan bueno es Dios, que si pudiese otra vez morir por nosotros, lo verificaría; ¿y porque es bueno le ofendemos?

No quiere condenarnos inmediatamente. Pues bien: ¡pecaremos una vez más!

¡Oh! Cuando en esto se piensa, dice uno: «¡Soy la abominación de todos los seres! Sí, con toda seguridad. Y como el pecado se mide por las gracias y los favores recibidos de la bondad divina, juzgad lo que serán nuestros pecados.

Ofende más la frialdad de un amigo que los ultrajes de un enemigo. ¡Qué indelicados somos, por consiguiente, para con el mejor de los amigos!

¡Siquiera ocultémonos al ofenderle! — Mas no; sino que pecamos bajo su mirada eucarística, y á sus mismos pies, adorándole, le ofendemos. ¡Oh! ¿Qué hacer? Horrorizarse de sí mismo, tenerse por un monstruo miserable.

Es que á pesar de eso Dios me trata como á un

amigo.—Lo cual prueba que es muy bueno; mas si yo os dijese que todos los pecados florecen en vuestra alma; si yo pudiera revelarlo y mostraros á todos tales como sois ante Dios, ¿qué diríais? Os encenderais de vergüenza y querríais meteros debajo de tierra. Pues bien; avergonzaos al instante, porque Dios os mira. ¡Ah! Evitemos el pecado; sobre todo, no pequemos más. A un hijo se le perdona el que no ayude á sus padres, y que no sepa hacer nada; pero nunca se le perdona el que los haya insultado.

A lo menos, partid de este principio de buen sentido: no se debe hacer á Dios lo que no se haría á un hombre como vosotros.

Tengamos siquiera tanto honor como el soldado que quiere cumplir su tiempo sin que le castiguen, tan solo para poder decir: «A mí nunca me han castigado.» ¿Ni siquiera tendremos este vulgar sentimiento del honor? ¿No podremos pasar un día sin pecar? ¡Oh! ¡En verdad que esto es muy fuerte!

Por favor, no ofendamos más á Jesús sacramentado: seamos más ó menos humildes, pacientes y mortificados; realizad las más hermosas acciones ó, por el contrario, ninguna; yo os disimulo que no tengáis virtudes; pero á lo menos, yo os lo suplico; ¡nada de pecar! ¡ningún pecado!



LOS EFECTOS DEL PECADO VENIAL

EL amor de Dios suple á todo, y para todo basta: es muy cierto; pero cuando no purifica del pecado, no es verdadero. ó todavía no es muy enérgico, porque el primer efecto del amor es purificar.

Por esta razón hay que seguir examinando el pecado y sus funestas consecuencias, á fin de conseguir que cause espanto.

¿De qué procede que nos amedrente tan poco el pecado que en él moremos sin miedo; que sepamos que se halla en nosotros, que le conozcamos y que no cuidemos de evitarle ó corregirnos? — Pues procede de la mala ó negligente voluntad, de la indelicadeza ó del poco amor á Dios.

Si por Jesús sacramentado y por el alma hiciera cada uno lo que se hace en el comercio y en cualquier otro estado para prosperar en él, tardaríase poco en llegar á ser grandes Santos. — Se necesita que Dios nos pague lo que por Él hacemos y los cuidados que por nuestra alma nos tomamos; y á pesar de eso, encuéntrase mal servido.

Dícese: «Pero, después de todo, ¿qué es el pecado